

A R T E S

DE VIAJES... y aventuras

Pedro Fernández Somellera
Junio del 2005

“En las faldas del volcán”

Las posibilidades de ver de cerca una erupción del Volcán de Colima ahora que está enojado, nos llevaron a hacer una excursión por los lugares que se mencionan como “zonas de riesgo”.

La Yerbabuena, que es el lugar habitado más cercano a las faldas del volcán, se presentó como el lugar más viable.

Seguimos la carretera de cuota a Colima, y 2 km. pasando la segunda caseta de cobro, dimos vuelta para Tonila, luego Quesería, El Naranjal y La Becerrera (otro lugar de riesgo), luego a la derecha por un pequeño empedrado que va rumbo al Volcán, nos encontramos unas cabañas que están junto a la hermosa lagunita formada por un pequeño cráter a no más de 9 km. de la gran caldera.

Ahí en La María, con una incomparable vista del volcán y la verde laguna muy cerquita... por supuesto que decidimos instalarnos.

Jesús Márquez, encargado del lugar y magnífico anfitrión, cuando nos estaba platicando historias y leyendas de fantasmas, de gnomos colorados y... la historia de la María (que le dio nombre a la laguna), que por andar de pelionera y ambiciosa, el diablo se la llevó volando y la tiró en el centro de la laguna para nunca más aparecer, se presentó un sudoroso grandulón, con mochila, botas y acento europeo, preguntando cosas a las que no pusimos mucha atención.

Como una hora después, se me ocurrió preguntarle a Jesús, que quien era ese cuate tan extraño.

-Es un vulcanólogo- me contestó.

-En cuanto supo de la explosión del volcán, sin más ni más, agarró un avión en su nativa Bélgica y sin tardanza se lanzó a Colima, y de *rait* se vino ayer hasta “La María”- me dijo.

-Ahorita emprendió la caminata, que dizque hasta el cráter del volcán- agregó con incredulidad.

-¿Qué que?- le dije a Jesús

-¿Vulcanólogo; vino desde Europa a ver el volcán, y va a subir hasta el cráter?- Le dije casi gritando.

No sé cómo; pero... si él sube, yo subo; ésta no me la pierdo. Pensé

Ni tardo ni perezoso, me calcé las botas. Tomé suficiente provisión de agua. Algo que comer, y me lancé tras “el abominable hombre de los volcanes”.

En cuanto lo alcancé, después de lanzarle un “*bon jour*” apresurado, le dije que si intentaba subir al cráter, yo lo acompañaría.

Tras una revisión visual de arriba abajo a mi persona, gruñó -¿Quiégres mogrir?-

-No-. Me dijo riéndose. -Voy a aproximarme al cono lo más posible para estudiar la peligrosidad de los *lahares* (ríos de lodo y piedras) y ver si tengo la suerte de que me toque una explosión-

-¿Puedo acompañarte- le respondí.

Y con un -*Pour quoi pas*- emprendimos la caminata que se fue haciendo cada vez más pedregosa y cenicienta.

Bajamos hasta los *lahares* del fondo del Río de la Lumbre, donde nos asombramos del tamaño de las rocas que bajan entre el lodo de ceniza a velocidades sorprendentes al caer lluvias torrenciales. Consideramos las toneladas de potencia acumulada en aquellos ríos de ceniza y piedras de decenas de metros de espesor. Se consideraron las pendientes, barrancas y la posición de los poblados. Bajamos hasta el *lahar* del Codován, y se hicieron fotos y estimaciones de los riesgos.

Una cátedra inigualable, de la que Alain puede enviar más información (melchior.alain@skynet.be), que nos cubrió de cenizas y gravilla y emociones, a intervalos 10 horas entre cada exhalación.

Dicha de las buenas que me hace repetir “... el que no va, no ve...”

teodeo@prodigy.net.mx